

función ligar especialmente al niño con esta forma de sociedad. En cuanto a la familia, se basta para mantener en los corazones de sus miembros los sentimientos necesarios para su existencia. En cambio, por lo que se refiere a la patria (entendida del modo expuesto), la escuela es el único medio moral en el que el niño puede aprender metódicamente a conocerla y amarla. Y esto es lo que hoy precisamente otorga un papel fundamental a la escuela en la formación moral del país.

SEXTA LECCIÓN

EL SEGUNDO ELEMENTO DE LA MORALIDAD

LA ADHESIÓN A LOS GRUPOS SOCIALES

(Conclusión)

RELACIONES Y UNIDAD DE AMBOS ELEMENTOS

Hemos determinado recién el segundo elemento de la moralidad. Consiste en la adhesión del individuo a los grupos sociales que integra. La moralidad comienza por el solo hecho de que formamos parte de un grupo humano, cualquiera sea. Pero como, en realidad, el hombre no es completo si no pertenece a sociedades múltiples, la moralidad misma tampoco es completa sino en la medida en que nos sentimos solidarios con las diversas sociedades de las cuales formamos parte (familia, corporación, asociación política, patria, humanidad). No obstante, como esas diversas sociedades no tienen una dignidad moral idéntica, pues no todas desempeñan un papel igualmente importante en el conjunto de la vida colectiva, tampoco tendrán un sitio igual en nuestras preocupaciones. La sociedad política o patria, concebida como encarnación parcial de la idea de humanidad, tiene sobre las demás verdadera preeminencia y constituye el fin por excelencia de la conducta moral. La patria, tal como la concibe la conciencia moderna, no es el Estado receloso y egoísta que

sólo conoce las reglas de su propio interés, que se considera liberado de toda disciplina moral; lo que le otorga valor moral es ser la mayor aproximación a esa sociedad humana, actualmente irrealizada y probablemente irrealizable, pero que constituye el límite ideal al cual tendemos indefinidamente. Hay que cuidarse de ver en esta concepción de la patria un sueño utópico. Es fácil observar en la historia que se transforma cada vez más en realidad. Por el solo hecho de que las sociedades son cada vez más amplias, el ideal social se desprende cada vez más de las condiciones locales y étnicas para poder ser así común a un mayor número de hombres reclutados entre todas las razas y en los más diversos medios; por esto mismo, se hace cada vez más general y abstracto, se aproxima más al ideal humano.

El principio expuesto nos permite resolver una dificultad que hemos encontrado en el curso de las lecciones precedentes y cuya solución hemos postergado.

Si el interés individual del agente no constituye un fin moral, tampoco lo constituiría el interés individual de otro, pues no existe razón alguna para que una personalidad semejante a la mía tenga un derecho preferencial, como lo hemos dicho. Sin embargo, en realidad, no es dudoso que la conciencia moral otorgue cierto carácter moral al acto por el cual un individuo se sacrifica por uno de sus semejantes. En general, la caridad interindividual, en cualquiera de sus formas, es considerada universalmente como una práctica moralmente elogiabile. ¿Acaso, entonces, la conciencia pública se equivoca apreciando de este modo la conducta de los hombres?

Tal suposición es evidentemente inaceptable. Dada la generalidad de esta apreciación, no podría verse en ella el producto de una aberración fortuita. Un error es algo accidental, y no podría tener esa universalidad

y permanencia. Pero no es necesario desmentir la opinión moral de los pueblos para concordar los hechos con lo que decimos. Pues todo lo que establecimos es que la caridad, en el sentido ordinario y vulgar de la palabra, la caridad que un individuo hace a otro, no tiene valor moral por sí misma y no podría constituir el fin normal de la conducta moral. Sin embargo, aún es posible que sirva indirectamente a la moral. Si bien el interés individual de otro individuo carece de moral por sí y no tiene derecho a ninguna primacía, puede suceder que la tendencia a buscarlo con preferencia al nuestro sea uno de aquellos actos que interesa desarrollar a la moral porque preparan e inclinan a la búsqueda de fines verdadera y propiamente morales. Y efectivamente se llega a esto. Sólo hay fines verdaderamente morales en los fines colectivos; no hay móvil verdaderamente moral fuera de la adhesión al grupo. Pero al estar ligado a la sociedad de la cual se es parte, resulta psicológicamente imposible no hallarse ligado a la vez a los individuos que la componen y en quienes la sociedad se realiza. Pues aunque la sociedad es algo distinto al individuo, pues no está íntegramente en nosotros, no existe sin embargo ninguno de nosotros en quien no se encuentre un reflejo de ella. Por consecuencia, es natural que los sentimientos que tenemos hacia ella se trasladen a aquellos en quienes se encarna parcialmente. Creer en la sociedad es creer en un ideal social y hay un poco de este ideal en cada uno de nosotros. Cada cual participa del tipo colectivo que da unidad al grupo, que es lo sagrado por excelencia y, en consecuencia, cada cual participa también del respeto religioso que inspira este tipo. La adhesión al grupo implica, pues, de modo indirecto y casi necesario, la adhesión a los individuos. Cuando el ideal del grupo es una forma particular del ideal humano, cuando el tipo del ciudadano se confunde en alto grado con el

tipo g nerico del hombre, nos encontramos ligados al hombre en cuanto hombre, sintiéndonos más estrechamente solidarios con quienes realizan la concepción particular que nuestra sociedad se hace de la humanidad. Así se explica el carácter moral atribuido a los sentimientos de simpatía interindividuales y a los actos que inspiran. Y no porque constituyan por sí mismos elementos intr sicos del temperamento moral, sino porque están demasiado estrechamente ligados a las disposiciones morales más esenciales como para que su ausencia pueda ser considerada, no sin razón, como índice de una menor moralidad. Cuando se ama a la patria o a la humanidad en general, no puede verse el sufrimiento de sus compañeros o de todo ser humano sin sufrir uno mismo y sin tratar, por consiguiente, de remediar esa situación. Por el contrario, cuando se evita toda piedad es porque se es poco capaz de ligarse a algo distinto de uno mismo y, en consecuencia, *a fortiori*, ligarse al grupo del cual se forma parte. La caridad tiene pues valor moral como síntoma de los estados morales de los cuales es solidaria y porque indica una disposición moral para darse, salir de s , superar el círculo de los intereses personales, abriendo el camino de la verdadera moralidad. Tiene, además, el mismo significado que tienen los diversos sentimientos que nos ligan a los seres individuales distintos a los hombres con los cuales estamos vinculados, tal como los animales o las cosas que pueblan nuestro medio ordinario, nuestro lugar de nacimiento, etc. Evidentemente no hay nada moral en interesarse por cosas inanimadas. Y sin embargo, quien se desliga demasiado fácilmente de las cosas que estaban asociadas a su vida, testimonia una aptitud inquietante desde el punto de vista moral, para destruir los lazos que lo ligan con algo distinto a sí mismo, es decir, una menor aptitud para solidarizarse.

Es verdad que de este modo la caridad individual ocupa un lugar secundario y subordinado en el sistema de las prácticas morales. Pero no hay que asombrarse. No tiene derecho a un lugar más elevado. Seria fácil demostrar que esta forma de desinterés resulta generalmente pobre en resultados. En efecto, el individuo solo, reducido a sus fuerzas personales, es incapaz de modificar el estado social. No se puede actuar eficazmente sobre la sociedad sino agrupando las fuerzas individuales, de tal modo que fuerzas colectivas se opongan a otras fuerzas colectivas. Y los males que trata de curar o atenuar la caridad individual tienen causas esencialmente sociales. Haciendo abstracción de casos particulares excepcionales, la naturaleza de la miseria, en una sociedad determinada, depende del estado de la vida económica y de las condiciones en las cuales funciona, es decir su organización misma. Si actualmente hay muchos vagabundos sociales, individuos al margen de todo cuadro social regular, es porque hay algo en nuestras sociedades europeas que impulsa a la vagancia. Si el alcoholismo hace estragos es porque la civilización intensificada siente necesidad de excitantes y no tiene asegurada otra satisfacción. Males tan manifiestamente sociales necesitan ser tratados socialmente. Contra los mismos nada puede hacer el individuo aislado. El  nico remedio eficaz se encuentra en la caridad colectivamente organizada. Es necesario que los esfuerzos particulares se agrupen, se concentren, se organicen, para poder producir algún efecto. Entonces, al mismo tiempo, el acto adquiere un carácter más elevadamente moral, porque sirve para fines más generales e impersonales. Sin duda, en este caso, no se tiene ya el placer de ver ante uno los efectos del sacrificio consentido; pero precisamente porque el desinterés es más difícil, porque es menos accesible por medio de impresiones sensibles, tiene más valor. Proceder de otro modo, tratar

cada caso de miseria particularmente, sin actuar sobre las causas que lo producen, es obrar como un médico que atacara los síntomas externos de una enfermedad sin buscar la causa profunda de la cual el síntoma no es sino la manifestación externa. Sin duda, a veces, se está obligado a practicar la medicina sintomática, cuando nada mejor se puede hacer. Del mismo modo no es cuestión de condenar y desalentar todo acto individual de caridad, sino sólo determinar el grado de moralidad que tiene.

He aquí pues constituidos los dos primeros elementos de la moralidad. Hemos debido estudiarlos por separado para distinguirlos y definirlos. Por eso mismo nos parecieron hasta ahora distintos e independientes. La disciplina parece ser una cosa y el ideal colectivo al cual estamos ligados otra muy diferente de aquélla. Sin embargo, en realidad, existen entre esos dos elementos relaciones estrechas. No son sino dos aspectos de una misma realidad. Para percibir lo que hace su unidad y poseer de este modo una visión más sintética y concreta de la vida moral, nos bastará investigar en qué consiste y de dónde proviene la autoridad que hemos reconocido en las reglas morales y cuyo respeto constituye la disciplina. Problema reservado hasta ahora y que podemos abordar.

Hemos visto que las reglas morales poseen un prestigio particular, en virtud del cual las voluntades humanas se ajustan a sus prescripciones, simplemente porque las reglas mandan, y haciendo abstracción de las posibles consecuencias que puedan tener los actos prescriptos. Cumplir el deber por respeto al deber es obedecer la regla porque es la regla. Pero, ¿de qué proviene que una regla, que es una institución humana, pueda ejercer tal ascendiente que haga doblegar las voluntades humanas de las cuales emana? Como el

hecho es incontrovertible, puede ser planteado antes de que estemos en condiciones de explicarlo. E, incluso, debe ser mantenido aunque no podamos hacerlo. Es necesario cuidarse de negar la realidad moral por el solo hecho de que el estado actual de la ciencia no permita dar cuentas de él. Pero, en realidad, lo que hemos establecido en las lecciones precedentes nos permitirá disipar ese misterio sin recurrir a ninguna hipótesis de orden supraexperimental.

Hemos demostrado, en efecto, que la moral tiene por objeto ligar al individuo con uno o varios grupos sociales y que la moralidad presupone esta ligazón misma. Y es porque la moral está hecha para la sociedad. Entonces, ¿no es, *a priori*, evidente que está hecha por la sociedad? ¿Quién sería el autor? ¿El individuo? Pero de todo lo que ocurre en este inmenso ámbito moral que es una sociedad grande como la nuestra, de las acciones y reacciones infinitas que intercambian a cada instante millones de unidades sociales, sólo percibimos los pocos rebotes que resuenan en nuestra esfera personal. Bien podemos percibir los grandes acontecimientos que se desarrollan a la plena luz de la conciencia pública; pero la economía interior de la máquina, el funcionamiento silencioso de los órganos internos, en una palabra, todo lo que constituye la substancia y la continuidad de la vida colectiva, está fuera de nuestra vista, se nos escapa. Sin duda escuchamos, el sordo zumbido de la vida que nos rodea, sentimos que existe alrededor nuestro una realidad enorme y compleja. Pero carecemos de la conciencia directa de ello, como carecemos de la conciencia directa de las fuerzas físicas que llenan nuestro ámbito material. Sólo nos llegan sus efectos. Parece pues imposible que el individuo haya sido el autor de este sistema de ideas y prácticas que no le conciernen en forma directa y que enfocan una realidad distinta a la suya y de la cual sólo

tiene un oscuro presentimiento. Sólo la sociedad en su conjunto tiene suficiente conciencia como para haber podido instaurar esta disciplina cuyo objeto es expresarla por lo menos tal como se piensa. En consecuencia, la conclusión se impone lógicamente. Si la sociedad es el fin de la moral, también es su constructora. El individuo no lleva en sí los preceptos de la moral, dibujados por adelantado, por lo menos en forma esquemática, de tal modo que solamente tenga luego que precisarlos y desarrollarlos; no pueden desprenderse sino de las relaciones que se establecen entre los individuos asociados; del mismo modo que ellas traducen la vida del grupo o grupos a los que conciernen.

Esta razón lógica es, además, confirmada por una razón histórica que puede ser considerada decisiva. Lo que demuestra que la moral es obra de la sociedad, es que varía como las sociedades. La sociedad de las ciudades griegas y romanas no era la nuestra, así como la de las tribus primitivas no era la de la ciudad. Es verdad que se ha tratado a veces de explicar esta diversidad de morales como un producto de errores debidos a la imperfección de nuestro entendimiento. Si la moral de los romanos —se ha dicho— era diferente de la nuestra, se debió a que la inteligencia humana estaba entonces velada y oscurecida por toda clase de prejuicios y supersticiones que luego desaparecieron. Pero si hay un hecho histórico que no deja lugar a dudas es el de que la moral de cada pueblo está directamente en relación con la estructura del pueblo que la practica. El vínculo es tan estrecho que dados los caracteres generales de una moral observada por una sociedad, con excepción de los casos anormales y patológicos, se puede inferir la naturaleza de esa sociedad, qué partes la integran y el modo en que están organizadas. Decídme en qué con-

siste el matrimonio o la moral de un pueblo y les daré los principales rasgos de su constitución. La idea de que los romanos hubieran podido practicar una moral distinta a la suya es un verdadero absurdo histórico. No sólo no podían sino que no debían tener otra. Suponiendo que por un milagro se hubieran hecho receptibles a ideas análogas a las que están en la base de nuestra moral actual, su sociedad no habría podido sobrevivir. La moral es obra de la vida, no de la muerte. En una palabra: cada tipo social tiene la moral que le es necesaria, así como cada tipo biológico tiene el sistema nervioso que le permite sobrevivir. Es porque la moral está hecha por la misma sociedad cuya estructura refleja fielmente. Lo mismo sucede con la denominada moral individual. La sociedad nos prescribe incluso los deberes para con nosotros mismos. Nos obliga a realizar un tipo ideal en nosotros y nos obliga a ello porque tiene un interés vital. No puede sobrevivir sino a condición de que todos reproduzcan, en distintos grados, los rasgos esenciales de un mismo ideal: el ideal colectivo. Por esto esta parte de la moral ha variado, como todas las demás, según los tipos y los países.

Admitido esto, la cuestión que nos hemos planteado encuentra su solución. Si la sociedad instituyó las reglas de la moral, ella también debe haberles otorgado la autoridad que les pertenece, la cual tratamos de explicar. En efecto, ¿a qué se denomina autoridad? Sin querer agotar en pocas palabras un problema tan complejo se puede, sin embargo, proponer la siguiente definición: la autoridad es un carácter del cual un ser, real o ideal, se encuentra investido en relación con determinados individuos, y por este solo hecho es considerado por ellos como dotado de poderes superiores a los que se atribuyen a sí mismos. Poco importa, además, que esos poderes sean reales o imagi-

narios. Basta que estén representados en los espíritus como reales. El brujo es una autoridad para los que creen en él. He aquí porque esta autoridad es llamada moral: está en los espíritus y no en las cosas. Dada esta definición resulta fácil comprender que el ser que mejor cumple todas las condiciones necesarias para formar una autoridad es el ser colectivo. Pues de todo lo que hemos dicho se deduce que la sociedad supera infinitamente al individuo, no sólo en extensión material sino también en poder moral. No sólo dispone de fuerzas incomparablemente más considerables, pues es debida a una coalición de todas las fuerzas individuales, sino que es en ella donde se encuentra la fuente de la vida intelectual y moral con la cual alimentamos nuestra mentalidad y moralidad. Formarse es, para una nueva generación, compenetrarse con la civilización ambiente, y es a medida que se opera esta compenetración que el hombre se forma a partir del animal que es el nacer. La sociedad detenta todas las riquezas de la civilización, las conserva y acumula, las transmite de una época a otra y gracias a ella llegan hasta nosotros. A ella se las debemos, de ella las recibimos. Se concibe, entonces, con qué autoridad debe estar investido un poder moral del cual nuestra conciencia no es en parte sino una encarnación. Inclusive el elemento de misterio, que es casi inherente a toda idea de autoridad, no falta en el sentimiento que tenemos de la sociedad. Es natural que un ser que tenga poderes sobrehumanos desconcierte la inteligencia del hombre y tenga por esto algo misterioso. Tal la causa que bajo su forma religiosa la autoridad está llena de misterio para el individuo. No se sabe lo que ocurre, decía Poe. Efectivamente. Tenemos la impresión perpetua de que alrededor nuestro hay una multitud de cosas por producirse cuya naturaleza se nos escapa. Toda clase de fuerzas se

mueven, se entrecruzan, chocan cerca nuestro; nos rozan sin que las veamos hasta el día en que una grave eclosión nos permite entrever que un trabajo misterioso y clandestino se produjo cerca nuestro, del cual no dudamos y del que sólo percibimos los resultados. Pero hay sobre todo un hecho que mantiene en nosotros ese sentimiento: la presión que cada instante ejerce sobre nosotros la sociedad y de la cual no podemos dejar de tener conciencia. Cada vez que deliberamos para saber cómo actuaremos, una voz habla dentro nuestro y nos dice: he aquí tu deber. Y cuando faltamos al mismo la misma voz se hace oír y protesta contra nuestro acto. En cuanto se dirige a nosotros como un mandato, sentimos que debe emanar de algún ser superior a nosotros. Pero no vemos claramente quién es ni qué es este ser. Por esto la imaginación de los pueblos para explicarse esta voz misteriosa —cuyo acento no es el de la voz humana— la vinculó con personalidades trascendentes, superiores al hombre, que se transformaron en objeto del culto. El culto no era en definitiva sino el testimonio exterior de la autoridad que les era reconocida. Nosotros debemos despojar esta concepción de las formas místicas en las cuales estaba envuelta en el curso de la historia y, bajo el símbolo, lograr la realidad. Esta realidad es la sociedad. La sociedad es la que, formándonos moralmente, puso en nosotros esos sentimientos que nos dictan imperativamente la conducta o que reaccionan con energía cuando nos negamos a cumplir sus mandatos. Nuestra conciencia moral es obra suya y la expresa; cuando habla nuestra conciencia habla la sociedad en nosotros. El tono con que nos habla es la mejor prueba de la excepcional autoridad que la inviste.

Más aún: no sólo la sociedad es una autoridad moral; sino que cabe creer que la sociedad es el tipo

y la fuente de toda autoridad moral. Sin duda nos gusta creer que hay individuos que sólo deben su prestigio a sí mismos y a la superioridad de su naturaleza. Pero, ¿a qué lo deben? ¿A su mayor poder material? Pero, precisamente porque la sociedad rechaza actualmente el consagrar la superioridad puramente física, ésta no confiere por sí misma autoridad moral alguna. No sólo no se respeta a un hombre porque sea más fuerte, sino que apenas si se lo teme, pues nuestra organización social tiende precisamente a impedirle abusar de su fuerza y, en consecuencia, lo hace menos temible. Una mayor inteligencia o aptitudes científicas excepcionales ¿bastarán para dar a quien las posea una autoridad proporcional a su fuerza mental? Es necesario aún que la opinión reconozca valor moral a la ciencia. Galileo fue despojado de toda autoridad por el tribunal que lo condenó. Para un pueblo que no cree en la ciencia, el más grande genio científico no daría lugar a ascendiente alguno. ¿Una mayor moralidad sería más eficaz? Pero aún cabe preguntarse, ¿esta moralidad es precisamente la que reclama la sociedad? Un acto que la sociedad no considera moral, cualquiera sea, no podría beneficiar al prestigio de quien lo cumple. Jesucristo y Sócrates fueron, para la mayoría de sus conciudadanos, seres inmorales y no gozaron entre ellos de ninguna autoridad. En resumen: la autoridad no reside en un hecho exterior, objetivo, que la contendría lógicamente y la produciría necesariamente. Reside íntegramente en la idea que los hombres se hacen de ese hecho; es asunto de opinión y la opinión es algo colectivo. Es el sentimiento de un grupo. Por otra parte es fácil comprender por qué toda autoridad moral debe tener origen social. La autoridad es el carácter de un hombre que se ha colocado por encima de los hombres; es un superhombre. El hombre más inteligente, fuerte

o recto aún es hombre; entre él y sus semejantes sólo existen diferencias de grado. Únicamente la sociedad está por encima de los individuos. Por lo tanto, toda autoridad humana emana de ella. Comunica a tales o cuales calidades humanas ese carácter *sui generis*, el prestigio que eleva por encima de sí mismos a los individuos que lo poseen. Se transforman en superhombres porque de este modo participan de la superioridad, de esa especie de trascendencia de la sociedad en relación con sus miembros.

Aplicando lo que hemos dicho a las reglas morales, la autoridad que invisten se explica fácilmente. Al ser la moral algo social, aparece ante los hombres dotada de una especie de trascendencia ideal; sentimos que pertenece a un mundo superior a nosotros. Es lo que indujo a los pueblos a ver en la moral la palabra y la ley de un poder sobrehumanos. Si existen ideas y sentimientos sobre los cuales se concentra con mayor peso la autoridad de la colectividad, esas ideas y sentimientos son los morales. Pues no hay otros que tiendan tan estrechamente a lo más esencial de la conciencia colectiva; son su parte vital. Así se precisa y se aclara lo que antes dijimos sobre el modo con que las reglas morales actúan sobre la voluntad. Al referirnos a ellas como fuerzas que nos contienen y limitan, podría parecer que fomentamos abstracciones. ¿Qué es una regla sino una simple combinación de ideas abstractas? ¿Cómo una fórmula puramente verbal podría ejercer tal acción? Pero sabemos ahora que por debajo de la fórmula existen fuerzas reales que son su alma y de las cuales no es sino la envoltura. "No matarás", "no robarás": estas máximas que los hombres se transmiten desde hace siglos, no contienen evidentemente ninguna virtud mágica que imponga respeto. Pero detrás de la máxima hay sentimientos colectivos (los estados de la opinión de los

cuales no es sino expresión) que le otorgan eficacia. Este sentimiento colectivo es una fuerza tan real y activa como las fuerzas que hay en el mundo físico. Cuando nos vemos pues refrenados por la disciplina moral, en realidad la sociedad es la que nos contiene y limita. He aquí al ser concreto y vivo que nos fija límites. Cuando se sabe lo que es y de qué modo supera las energías morales del individuo, ya no nos debemos asombrar del poder de su acción.

Al mismo tiempo nos percatamos de qué modo ambos elementos de la moralidad se entrelazan y lo que hace su unidad. Esos elementos son dos aspectos de una sola cosa: la sociedad; no es necesario ver en ellos algo distinto e independiente como si fueran cosas que se encuentran no se sabe cómo en la raíz de nuestra vida moral. ¿Qué es en efecto la disciplina sino la sociedad que nos manda, nos da órdenes, dicta sus leyes? En el segundo elemento, la adhesión al grupo, volvemos a encontrar a la sociedad, pero esta vez como algo bueno y deseado, como un fin que nos atrae, como un ideal que debe realizarse. En el primer caso se nos aparece la sociedad como una autoridad que nos contiene, que nos fija límites, que se opone a nuestros avances; una sociedad ante la cual nos inclinamos con sentimiento de respeto religioso. En el segundo caso es el poder amigo y protector, la madre nutricia, de quien recibimos lo más importante de nuestra sustancia intelectual y moral y hacia la cual nuestras voluntades se vuelcan en un esfuerzo de gratitud y amor. En un caso es como un Dios celoso y temido, un severo legislador que no permite que se trasgredan sus órdenes; en el otro, es la divinidad caricativa a la que el creyente se sacrifica con alegría. La sociedad debe ese doble aspecto y papel a la propiedad única de ser algo superior a los individuos. Por estar encima de nosotros nos manda, es sólo una autoridad imperativa.

Si estuviera en cambio en nuestro nivel, podría sugerirnos consejos que no nos obliguen, que no se impondrían a nuestra voluntad. Por estar encima nuestro constituye el único fin posible de la conducta moral. Por estar colocada en esa situación (es decir el fin colectivo por encima de los fines individuales) podemos realizarlos elevándonos, en la misma medida, por encima nuestro, sin superar nuestra naturaleza de individuos, todo lo cual es la ambición suprema que pueden perseguir los hombres. He aquí porque las más grandes figuras históricas, las que nos parecen dominar a las demás, no son la de los artistas ni de los grandes genios ni de los hombres de Estado, sino las de quienes han cumplido y han sido considerados los autores de los mayores hechos morales: Moisés, Sócrates, Buda, Confucio, Jesucristo, Mahoma, Lutero, por no citar sino algunos. No se trata solamente de grandes hombres, es decir, individuos como nosotros, aunque dotados de mayor talento, sino de individuos que se confunden en nosotros con el ideal impersonal que han encarnado y con los grandes grupos humanos que personifican, por lo que se nos presentan como superiores a la condición humana y transfigurados. Por esto la imaginación popular, cuando no los ha divinizado, ha sentido, sin embargo, la necesidad de colocarlos aparte y acercarlos lo más posible a la divinidad.

El resultado al que llegamos, lejos de violentar las concepciones usuales, se ve confirmado en ellas a la vez que les aporta nuevas precisiones. Todo el mundo distingue, con mayor o menor claridad, dos elementos en la moral que corresponden exactamente a los que hemos precisado. Esos elementos son los que los moralistas denominan el bien y el deber. El deber es la moral en cuanto ordena y prohíbe; es la moral severa, ruda, de prescripciones coercitivas; es la consigna a la que debe obedecerse. El bien es la moralidad en

cuanto se nos parece como algo bueno, como un ideal amado al que aspiramos por medio de un movimiento espontáneo de la voluntad.

Sólo que la idea del deber como la del bien son, por sí mismas, abstracciones que, mientras no se las refiera a la realidad viva, permanecen en el aire y en consecuencia carecen de todo lo necesario para dirigirse a los espíritus y a los corazones, sobre todo a los corazones y a los espíritus de los niños. Sin duda cualquiera que tenga un vivo sentimiento de la moralidad puede hablar calurosamente de ella, y el calor es comunicativo. Pero, ¿acaso una educación racional debe consistir en una predicación calurosa que se dirige sólo a las pasiones, por más nobles que sean éstas? Una educación de esta clase no se diferencia de la que queremos reemplazar, pues la pasión no sólo es una forma del prejuicio sino también su forma eminente. Y, sin duda, es necesario despertar las pasiones, pues son la fuerza motriz de la conducta. Pero hay que despertarlas por procedimientos aceptables para la razón. Entonces resulta imperioso que no sean pasiones ciegas. Es menester establecer la idea que las esclarece y guía. Si nos limitamos a repetir y desarrollar, en un lenguaje emocionado, palabras abstractas, tales como bien y deber, sólo desembocaremos en un psitacismo moral. Lo que debe hacerse es poner al niño en contacto con las cosas, con las realidades vivas y concretas. Los términos abstractos sólo expresan sus caracteres más generales. Ya hemos mostrado cuál era esa realidad. Así la educación moral tiene cometido preciso: no se encuentra simplemente en presencia de conceptos mal determinados, sino que tiene como punto de apoyo lo real; conoce las fuerzas que debe emplear para actuar sobre el niño y transformarlo en un ser moral.

SÉPTIMA LECCIÓN

CONCLUSIONES SOBRE LOS DOS PRIMEROS ELEMENTOS DE LA MORALIDAD

EL TERCER ELEMENTO: LA AUTONOMÍA DE LA VOLUNTAD

El método que utilizamos en el estudio de los hechos morales tiene por objeto transformar en nociones precisas y distintas las impresiones confusas de la conciencia moral común. Nuestra finalidad es ayudar a esa conciencia a ver claro en sí misma, a reconocerse en medio de las diversas tendencias e ideas divergentes que la recorren. Pero no es nuestro propósito sustituirnos a ella. La conciencia moral común es la realidad de la que debemos partir y a la cual siempre debemos regresar. Es nuestro único punto de partida posible, pues no existe otro lugar en el que podamos observarla tal cual es. Una especulación moral que no empieza por observar la moral tal cual es, con el fin de llegar a comprender en qué consiste, qué elementos esenciales la componen y a qué funciones responde, carece necesariamente de toda base. El único objeto posible para la investigación son los juicios de la conciencia común tal como se presentan a la observación. También es necesario, al término de la investigación, volver a la conciencia común, con el fin de procurar establecerla, reemplazando sus confusas representaciones por ideas más definidas y metódicamente elaboradas. Por eso cada vez que adelantamos un paso, cada vez que creamos una no-